

JAVIER ARCE

**BÁRBAROS Y ROMANOS
EN HISPANIA
(400-507 A.D.)**

Marcial Pons Historia
2017

Índice

	Pág.
Prólogo	13
Agradecimientos	19
Introducción. El caos.....	21
Capítulo 1. Bárbaros y romanos	
1. La usurpación de Constantino III y sus repercusiones en Hispania....	31
2. Máximo, emperador-usurpador en Hispania	56
3. Ataúlfo en Barcino.....	72
4. La carta de Honorio	90
5. El episodio vándalo	102
6. Alanos	124
7. <i>Infelix Gallaecia: el Regnum suevorum</i>	127
8. <i>Gotthi in Hispanias ingressi sunt: los visigodos en Hispania</i>	134
Capítulo 2. Inseguridad y resistencia	
1. Bárbaros ladrones de libros.....	151
2. Bagaudas.....	159
3. Usurpadores.....	167
4. Piratas	173
5. <i>Barbari depraedantur</i>	177
Capítulo 3. Continuidad y transformación	
1. La administración civil: ¿continuidad o ruptura?.....	189
2. La desaparición del ejército romano en Hispania.....	197

	<u>Pág.</u>
Capítulo 4. Ciudades y <i>villae</i>	
1. Las ciudades	213
2. <i>Villae, castra, castella</i>	234
Capítulo 5. La transformación de las creencias	
1. La desacralización de los espacios paganos.....	245
2. La Iglesia: conflictos internos.....	251
3. Obispos.....	262
Capítulo 6. Economía y relaciones con el exterior	
1. Economía.....	269
2. Relaciones con el exterior.....	279
Epílogo. A las puertas del <i>regnum gothorum</i> : el siglo v, un siglo de transición	281
Nota del autor a la segunda edición	285
Anexo 1. Tablas cronológicas	287
Anexo 2. Fuentes y abreviaturas.....	289
Bibliografía	297
Lista de figuras	317
Índice temático.....	319

Prólogo

Este libro está inspirado, remotamente, en el famoso poema del poeta K. Cavafis (1863-1933) «Esperando a los bárbaros». Y ciertamente no por casualidad, sino con una intención precisa, hasta el punto de que implica una tesis, una toma de posición que, derivada de mi propia interpretación del poema, se aplica a un episodio o, mejor, a un periodo cronológico de la historia de la Península Ibérica (el comprendido entre los años 400 y 500 d.C. aproximadamente). Ésta fue una época que se caracteriza por dos rasgos fundamentales para el historiador: por un lado, por el vacío casi total de documentación que pueda servir para reconstruir con un mínimo de garantía los hechos históricos que sucedieron durante aquellos años y su interpretación y, por otro, por la presencia, desde el año 409 en adelante, de «pueblos bárbaros» en el territorio que, hasta entonces, había estado ocupado (desde el siglo III a.C.) por los romanos e hispanorromanos desde hacía casi 600 años.

Mi pretensión es indagar el impacto que supuso esa presencia en la hasta entonces Hispania romana y las condiciones en las que se desarrolló ese contacto en todos los ámbitos y contextos posibles. Un segundo objetivo es el de indagar y estudiar las transformaciones que esa presencia originó en las estructuras y organización de la vida administrativa y ciudadana, en la economía, en las creencias y modos de vida, así como en la estructura política.

Puesto que el poema de Cavafis ocupa un lugar central en la idea motriz de la investigación (ya veremos que hay además otras complementarias), me parece oportuno reproducir aquí todo el poema y exponer a continuación un comentario sobre su significado.

Esperando a los bárbaros.

«¿A qué estamos esperando todos reunidos en la plaza del mercado?
A los bárbaros, que van a venir hoy.

Y ¿por qué esa inactividad en el Senado?

¿Por qué los senadores están todavía sentados sin elaborar ninguna ley?

Pues porque los bárbaros van a venir hoy.

¿Qué más leyes van a hacer los senadores?

Cuando vengan los bárbaros, ellos harán las leyes.

¿Por qué nuestro emperador se levantó tan temprano esta mañana?

¿Por qué está sentado esperando en la gran puerta de la ciudad, elevado en su trono y con la corona puesta sobre la cabeza?

Porque los bárbaros van a venir hoy.

Y el emperador está esperando recibir a su jefe. Además ha preparado un pergamino para entregárselo. En él le ha concedido por escrito muchos nombramientos y títulos.

Y ¿por qué nuestros dos cónsules, y los pretores también con ellos, se han presentado hoy con vestimentas de púrpura recamadas con ricos brocados, y por qué se han puesto sus brazaletes, con todas esas amatistas, y los anillos en sus dedos resplandecientes con brillantes esmeraldas?

Y ¿por qué llevan hoy sus preciosos bastones de mando tan maravillosamente labrados y con incrustaciones de oro y plata?

Porque los bárbaros van a llegar hoy: y este tipo de cosas impresiona a los bárbaros.

¿Por qué no han venido hoy nuestros renombrados oradores como de costumbre a recitarnos sus discursos y decir lo que deben decir?

Porque los bárbaros van a llegar hoy y ellos se aburren con la elocuencia y los discursos públicos.

¿A qué viene ahora, de pronto, tal agitación y confusión y esas caras... imira qué serias se han puesto!

¿Por qué calles y plazas aprisa se vacían y vuelven todos a casa compungidos?

Porque ha caído la noche y los bárbaros no han venido.

Y algunas personas han llegado desde las fronteras con noticias de que ya no hay bárbaros.

Y entonces ahora ¿qué va a pasar con nosotros sin los bárbaros? Al menos esa gente eran una cierta solución»¹.

Al margen de su belleza y fuerza nostálgica, el poema se presta a diversas o múltiples interpretaciones y, de hecho, deja abiertas casi todas. Los especialistas en la poesía de Cavafis han hecho del poema innumerables exégesis y lo han interpretado de las más diversas formas. No voy a reproducir aquí todas ellas. Pero sí considero necesario reflejar algunas.

¹ Sigo la traducción de P. Bádenas con ligeros retoques. Cfr. C. P. CAVAFIS, *Poesía completa*, 4.ª ed., Madrid, Alianza, 1997, p. 151.

Robert Lidell, en una precisa y desmitificadora biografía del poeta, reproduce la opinión de algunos comentaristas², entre otros la de P. Pieridis, quien, inspirado por Cavafis mismo, comentaba sobre el poema³: «Cavafis debió de componer “Esperando a los bárbaros” en un momento de negra desesperación y profunda reflexión: es una espléndida, fascinante visión del poeta que se transporta a una ciudad imaginaria cuyos habitantes, habiendo desarrollado un alto grado de civilización, se encuentran presos de una deliciosa nostalgia por las épocas pasadas cuya memoria se ha perdido en la noche del tiempo. Se imaginan que, volviendo a la vida de la civilización primitiva, volverán a encontrar la felicidad y su deseo está a punto de convertirse en realidad... Las noticias de que no hay más bárbaros es la convicción del poeta. Él piensa que el colosal organismo llamado civilización es tan perfecto y que su red tiene de tal forma atrapado al planeta en sus garras, que cualquier intento de volver a la vida primitiva sería completamente inútil». Lidell mostró su desconfianza hacia esta interpretación (y también hacia otras semejantes) y la calificó de «rousseauiana», intentado, por su parte, una contextualización del poema mucho más realista relacionándolo con acontecimientos contemporáneos al mismo y al momento de su composición.

En efecto, el poema fue compuesto en diciembre de 1898 y Lidell lo pone en relación con los hechos históricos de ese momento: «Tres meses antes de su composición, el general Kitchener había derrotado al último de los madhistas en Omdurman y hasta este momento Egipto había temido una invasión»⁴. De este modo se podría pensar, con S. Tsirkas⁵, que la ciudad del poema era Alejandría, donde vivía Cavafis: el mercado, la Plaza de los Cónsules; los senadores, los representantes de los primeros colonos griegos; los pretores, los jueces de los tribunales mixtos, y en la puerta de Rosette se sentaba el *khe-dive* Abbas II dispuesto a recibir a los invasores, preparándose para

² Cfr. Robert LIDELL, *Cavafis. A Critical Biography*, Londres, Duckworth, 1974, pp. 85 ss. (hay traducción española de C. Miralles, Barcelona, Ultramar, 1980).

³ Y. PIERIDIS, *O Kabafis sunomilies, charakterismoi anekdota*, Atenas, 1943, p. 323 (citado en LIDELL, *op. cit.*, pp. 85-86).

⁴ Sobre las circunstancias históricas de este momento véase J. POLLOCK, *Kitchener*, Londres, 2001, y H. L. WESSELING, *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*, Barcelona, 2001, pp. 305 ss.

⁵ S. TSIRKAS, *O Kabafis kai e epoche sou*, Atenas, 1958, pp. 334 ss. (citado en LIDELL, *op. cit.*, p. 86).

conceder honores a sus líderes. Lidell también rechaza esta interpretación ya que dice, razonablemente, que «en vista de los sufrimientos de los griegos en Sudán bajo los mahditas, no es posible creer que las comunidades extranjeras estuvieran felices de recibirles en la puerta de Rosette. La solución que se les ofrecería sería o el Islam o la muerte»⁶.

Personalmente, prefiero ver en el poema un significado mucho más universal, amplio y paradigmático y una referencia precisa al mundo romano-bizantino del que, por otro lado, Cavafis tenía un amplio conocimiento⁷. La descripción de Cavafis de los cónsules, del emperador, de los pretores, implica una visión plástica concreta —yo sugeriría que Cavafis había visto o tenía presentes los dípticos consulares (¿de la colección Benaki?) o, ciertamente, de alguna iconografía bizantina—. Y la referencia al agotamiento del mundo romano parece ineludible.

En efecto, en el poema de Cavafis la civilización romana se nos presenta como algo esclerotizado, repetitivo y paralizado —«¿para qué hacer más leyes?»—, reducido a sus aspectos puramente externos, simbólicos, parafernalia barroca que solo puede ya impresionar... a los bárbaros. Se espera a los bárbaros como una solución de eventual revitalización. Desde luego no se les mira como destructores ni como enemigos. Se sabe que no tienen la cultura de la palabra (por eso los rétores que repiten siempre lo mismo, «lo que hay que decir» en cada momento, no vienen a recibirlos). Pero esos bárbaros no vienen porque no existen. Al otro lado de la frontera, los bárbaros no encarnan la incultura; simplemente, no hay tales bárbaros. Son casi iguales que los romanos —harán sus leyes—. Y la gran decepción consiste en que, aunque vinieran, ya no son los que se imaginaba que eran.

Porque, en efecto, «los bárbaros» no vinieron nunca, aquellos bárbaros imaginados en las mentes de los historiadores cristianos, destructores, brazo armado de Dios y práctica encarnación de los cuatro Jinetes del Apocalipsis⁸. Por un lado, los romanos necesitaban a los bárbaros para cultivar las tierras, para proteger las fronteras,

⁶ LIDELL, *op. cit.*, p. 86.

⁷ Son muchos sus poemas de tema romano-bizantino. Cfr., por ejemplo, los números 115, 108, 111, 116, 128, 99, 143, 45, etc., en la edición de P. Bádenas.

⁸ Como los describe el cronista Hydacio en las primeras páginas de su *Crónica*.

para que pasaran a ser contribuyentes, y por ello los colman de honores y de puestos de confianza, de modo que los mejores generales eran bárbaros y los mejores ejércitos, también. Incluso llegaron a ser emperadores, desprovistos, prácticamente, de toda connotación «bárbara».

La metáfora del poema de Cavafis puede contrastarse con el análisis de la documentación histórica del periodo que vamos a estudiar, es decir, el siglo v d.C.? Es éste el problema que quisiera analizar en las páginas que siguen en referencia, principalmente, a la Península Ibérica. El resultado previsible es que las agotadas provincias de la Hispania romana —agotadas porque seguían su curso histórico sin estímulos de ningún tipo que las llevaran a cualquier dinámica de transformación social o económica y menos ideológica— recibieron a los bárbaros sin entusiasmo, pero sin un rechazo absoluto. Ellos no venían a imponer ninguna otra cultura, no eran «bárbaros», sino que pretendían acomodarse a la ya existente, y ello fue lo que produjo, con el paso del tiempo, la transformación de ambas poblaciones readaptándose la una a la otra, con un elemento añadido que resultó esencial en esa misma transformación: la concomitante extensión del cristianismo, ya fuera en sus formas herejes (o consideradas heréticas) o en sus formas ortodoxas. El cristianismo no solo supuso una transformación de las creencias, sino también de las jerarquías, de las mismas relaciones sociales y del ejercicio del poder.

La llegada de los «bárbaros» revitalizó la sociedad de la Península Ibérica y le abrió nuevos horizontes de relaciones con el mundo mediterráneo y, lo que es más importante, con el ámbito geográfico del centro y norte de Europa. Este periodo de transformación duró tres siglos, hasta que un nuevo elemento exterior vino de nuevo a transformar y galvanizar la sociedad que habitaba el territorio peninsular: el Islam.

Este largo periodo histórico puede estudiarse por etapas, cuyos límites cronológicos se pueden poner en los correspondientes siglos v, vi y vii, porque cada uno de ellos prácticamente se define con características propias y perfiles más o menos definidos. Si el siglo v se puede definir como el siglo de la transición, el vi es el del definitivo predominio de uno de los pueblos asentados —el visigodo— y su supremacía, y el vii, el más difícil de precisar, como el de la historia plena del reino visigodo y su disolución.

Este libro está dedicado exclusivamente al siglo v. Muchos autores y especialistas han tratado este periodo de modo puntual, pero nunca

de una forma global y monográfica. No existe, creo, ningún libro dedicado a estos años en Hispania de forma completa. Pero quisiera advertir que es el resultado de una interpretación personal en la que he seleccionado la documentación que me ha parecido más relevante y significativa. Me he basado en ella y he prescindido en la medida de lo posible de las suposiciones que parecen más razonables y lógicas para atenerme a lo que entiendo que ofrecen los textos y los restos arqueológicos conocidos. El título del libro resulta una inversión del de E. A. Thompson, *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, Wisconsin, 1982, que, aunque recoge una serie de artículos del gran historiador de los godos, es, en mi opinión, lo mejor y más agudo que se ha escrito sobre el siglo v en Hispania (especialmente pp. 137-229, que reproducen sus artículos publicados en *Nottingham Mediaeval Studies*, XX, 1976, pp. 3-28; XXI, 1977, pp. 3-31; XXII, 1978, pp. 3-22, y XXIII, 1979, pp. 1-21). El hecho significa tanto que mi preocupación fundamental recae en la actividad de los bárbaros y su significación histórica, como en mi sincera admiración por la obra del gran historiador irlandés, a quien tuve ocasión de conocer en Nottingham en 1972 y con quien mantuve, ya entonces, jugosas conversaciones sobre el tema de este libro. Soy consciente de que el empleo del término “bárbaros” es inapropiado y representa la tradición romana y el punto de vista romano. Pero lo sigo empleando por comodidad y entre comillas.